El pedazo de porquería... que me toca.

Patricio Flores

Capítulo 1

El pedazo de porquería..... que me toca.

Despertar, bañarse, desayunar (si es que a tomar media taza de té se le puede llamar así), que la micro... permiso, disculpe. Que el timbre, que no suena... ¡pare!, ¡¡para hueon!! … hay que caminar de vuelta y ahí, ahí esta mí adorable escritorio de 40 por 65 y el teléfono que aún hace lo que yo no: dormir. A pesar de eso llego primero, ya me acostumbre, ¡ah y ahí viene llegando Robles!. Simpático el guatón, bueno para la talla, pero zalamero... si vieran como le hace la pata a Don Esteban y es por eso que probablemente no hace nada en toda la tarde, todos los santos días.

Lunes, Martes, Miércoles, Jueves y San Viernes, todos los días lo mismo, ya no aguanto más. La rutina, la costumbre, me siento como un perro amaestrado y mi trabajo: arreglar carpetas, maquillar un par de informes semanales y dárselos al pelotudo de auditoría, es la principal causa. El escritorio de 40 por 65 más encima regado de papeles, el teléfono con una decena de botones los que la mitad aún no sé para qué sirven. El piso alfombrado café claro y Robles y su guata, y sus cuatro pelos adolescentes que afloran en su gorda barbilla, Don Esteban y sus trajes a medida, sus zapatos italianos y su no muy amistoso aliento que de cerca es una pesadilla.

La oficina, el tráfico, la rutina, el smog, todo es una real basura, pero no, eso al final no es nada ya que ahí esta, la causante de este stress, de esa jaqueca que me da como a las 4:30 después de colación, de esa sensación diaria de asfixia y hasta de algunos pensamientos sicóticos. La malla café, esa maldita malla que cubre todo el ventanal frente a mi escritorio.

Hace 3 años y medio que trabajo aquí y honestamente la rutina es casi un acto reflejo a estas alturas, pero hace 3 meses que a un brillante publicista en conjunto con un iluminado gerente se les ocurrió la maravillosa idea de colgar del techo del edificio esta lona, que cae hasta el 4 piso, donde estoy yo, y que tapa toda mi relación con el mundo exterior.

“Excelencia académica”, “Visita nuestro sitio web”, “20 años de experiencia”, maldita malla publicitaria.¿Alguien se puede convencer de encaminar su vida hacia una institución de educación o de lo que sea viendo semejante letrero en el centro de la cuidad a 10 metros de altura? Yo creo que no, pero ahí esta cubriendo todo el ventanal, llenando mi oficina, apoderándose del escritorio y metiéndose en las cifras de contabilidad mensual que reviso.

Hace 1 mes que todos los prospectos de estudiantes se matricularon y empezaron sus clases, ¡un mes! y nadie parece entenderme. Ni Don

Esteban con quien hable la semana pasada:

—Tú sabes que somos parte de la entidad administrativa de la universidad y que por lo tanto tenemos que acatar órdenes como esta —me dijo mientras caminaba por los pasillos recolectando carpetas casi robóticamente.

—Si lo sé Don Esteban, pero usted tiene comunicación directa con los ejecutivos y directivos universitarios quizás... —le explicaba persiguiéndolo cual perro detrás del amo con comida.

—Mira voy a ver que hago, no te prometo nada Rojas ¿ok?

—Gracias Don Esteban.

—Además... —se volteó justo cuando hacia un extraño gesto de conformidad —no sé que tanto te preocupa este asunto del letrero, si hasta te protege la visual de la congestión, el smog y todas las porquerías de la cuidad hombre, ni que te estuviera tapando la vista al mar —y rió, aparatosa y falsamente (eso espero por el bien de sus más cercanos). Yo no tuve mas opción que esbozar una complaciente sonrisa aún sabiendo que era su motivo de burla.

—Es que me siento un poco... —me atreví a decir.

—¿Ahogado, encerrado?...- —me interrumpió y sentí que alguien por fin me entendía.

—Eso es cansancio hombre, espera hasta tomarte tus vacaciones y ahí te vas a la playa o a otra parte y te relajas.

Es recién mayo y salgo un par de días en agosto, no creo poder resistir una semana más así y la diminuta luz de esperanza que mi jefe me dejó ese día, se esfumó completamente ayer.

—Don Esteban... ¿se acordó de lo que hablamos la semana pasada? —le dije tímidamente al encontrármelo en el pasillo.

—Ah sí, sí... seguramente este mes te adelanto la quincena —y se fue raudo a su oficina.

Estoy solo, no cuento con aliados frente a esta enemiga. Robles esta al lado mío, él podría ser mi socio en esto, pero durmiendo probablemente sólo vea enfrente de él a una mujer rubia, con grandes senos en bikini y en plena playa a juzgar por sus extraños murmullos vespertinos.

Ahí fue cuando me dije “estoy en el cuarto piso, los del quinto también deben pasar por lo mismo”, y me convencí que encontraría respaldo en mi

angustiosa cruzada. Subí al quinto piso, creo haberlo hecho sólo una vez en 3 años y fue siguiendo a Don Esteban que iba gritando escalera arriba: ¡Apúrate con esos informes preliminares!.

Es extraño estar en este piso, es estructuralmente igual al mío, pero es distinto. Se respira algo diferente, es raro, es como un olor a casa de campo que hace tiempo no se visita. Se siente poco movimiento, parece que no hay nadie, de hecho no hay ruido. "Piso fantasma" pensé. Quizás ya no se trabaja aquí, pero todo está limpio y ordenado, cuando de súbito escuché:

—¿Le puedo ayudar en algo joven?

Me impacté al oír una voz como de ultratumba. Luego de reponerme vi a una viejecilla de gruesos lentes, pelo forzosamente teñido de rojo y baja, muy baja la cual me miraba con ansias de respuesta.

—Eh sí, emm quería saber si puedo hablar con la persona que trabaja allí — y apunté hacia el escritorio que está en la misma posición que el mío en este piso.

—Espere un segundo por favor. —me dijo, y se fue, se fue y se fue con paso de vals hasta que por fin llegó al lugar. Habló con alguien que estaba en una silla grande, tan grande que no alcance a ver a la persona. Luego la viejecilla me hizo un extraño y retorcido gesto con la mano para que fuese al escritorio. Al llegar, me encontré con una mujer mucho más anciana que la anterior, vestida con una especie de armadura de ropas contra el frío, de cabellos canos y unos lentes que agrandaban extraordinariamente sus gastados ojos.

—Dígame joven ¿en qué le puedo ayudar?- me dijo mas lentamente que la primera viejilla.

—Ehh emmm... —luego eso creo haber estado mucho, mucho tiempo callado, pensando como explicarle a este par de señoras mi extraño problema.

—Sí... la verdad es que quería saber... —dije finalmente —¿cuál es su posición frente esta malla publicitaria? – y apunté decididamente.

—¿Cuál malla? —me dijo tratando de encontrar el objeto siguiendo mi dedo. Mientras lo hacia la señora a mi lado me explicó:

—Carmen ya no ve mucho mijito, ella es hace años la secretaria de Don Jorge y sólo le ordena un par de papeles y el resto del día...- —y me señaló con la mirada un chaleco a medio hacer a un costado del escritorio.—teje. Y honestamente joven yo tampoco me había dado cuenta de eso — sentenció la veterana, con lo que me hizo sentir aún más solo

que antes. Desde la oficina principal se abrió la puerta y apareció un señor anciano también (era que no) tanto que parecía el padre de Don Esteban ¡que ya es viejo!, y vociferó algo:

—Raquel... ¡Raquel ! —insistió alzando la voz, al ver que nadie lo miraba excepto yo.

—Venga por favor —y la señora de pelo rojizo se fue, se fue y se fue en paso de vals otra vez. Esta oficina parece un asilo, todo es viejo, pensé, es el fin estoy totalmente solo, y así decidí emprender mi viaje de retorno a mi piso mientras la veterana todavía buscaba la malla en alguna parte de la oficina, cuando escuché:

—¡Oye!, ¡Hey tú! —al darme vuelta vi a un tipo de mi edad, encorbatado, con las mangas de la camisa dobladas, muy similar a mí en apariencia, excepto por sus enormes orejas y el pelo un tanto desgarbado.

—Te estaba escuchando... lo de la malla esa, en mi escritorio — y me señaló un escritorio que estaba al lado del de la viejesilla mayor, separado por una especie de pared, era un cubículo, por eso mi falta de suspicacia.

—Esa maldita cosa, me desespera— dijo maldita, por fin encontré a un socio. Él me ayudara, me acompañará a hablar con alguien y acabar con este calvario.

—Qué bueno que estás de acuerdo conmigo —le dije —Hay que hacer algo.

—Sí, es necesario, y tiene que ser luego — se veía tan hastiado y desesperado como yo, pero mucho más nervioso.

—Tengo que bajar, a la salida vamos al café de la otra cuadra, ahí hablamos mas ¿ok?

—Está bien, nos vemos — exclamó y volvió a su cubículo, tan sigiloso como una lagartija entre los matorrales sin ser vista.

—Ya no aguanto más — me quejé con mi nervioso nuevo socio, que se llamaba Marcelo.

—Yo tampoco, es desesperante estar ahí, todo el día, trabajando entre miles de papales y ver para el frente y encontrarse con esa cosa café que te tapa toda la visual de afuera.

Pensaba igual que yo.

—¿Y tu hace cuanto trabajas acá? —pregunté.

—Hace un año llegue acá y me metieron al patio de los callados (así era conocido ese piso del edificio), lleno de fósiles... imagínate como lo pasaba. Mi única vía de escape era mirar para afuera, las copas de los arboles, el cielo, con smog y todo, y como las luces de los faroles se iban prendiendo al caer la noche, pero cuando pusieron esa malla todo cambió... hasta he pensado en acabar con todo esto.

—¿Qué? ¿En suicidarte? —le pregunté con sorpresa.

—¡No!. En ir y cortar yo mismo esa malla.

La verdad es que la idea no se me había pasado por la cabeza y no la encontraba tan mala, pero si extrema.

—Me tienes que ayudar — le dije convencido.

—Sí, por supuesto. Cuenta con eso —y nos dimos un apretón de manos —Hay que hablar con los jefes... — afirmé y en ese momento apartó su mano y la puso debajo de la mesa.

—¿Con los jefes?¿Estás seguro, por qué? — noté que había cambiado totalmente su seguridad casi psicópata a un nerviosismo y timidez un tanto atemorizante.

—Ellos son los únicos que pueden hacer algo... como quitarla — le dije como una obviedad.

—No sé realmente.... no creo que debamos molestar a los jefes... es una tontera en realidad - contestó tartamudeando.

—¿Pero cómo? Si tú dijiste...

—No, no me hagas caso, lo pensé mejor y creo que no es tan importante — en ese momento yo comencé a ponerme un poco nervioso con la actitud digna de manicomio de este tipo.

—Sabes me tengo que ir, tu entiendes... la jefa en la casa se va a preocupar, un... un gusto… cui…cuídate - y así cómo si nada se fue con inusitada prisa, llevándose la insípida alianza.

Cagué otra vez, estoy solo, ahora sí que sí. Soy el único que puede hablar con los jefes y convencerlos de que esta es una pesadilla diaria.

—¿Sí?

—Quisiera hablar con el señor Astaburuaga — dije nervioso, pero convencido de mi acto.

—¿De parte de quien?

Me quedé un momento callado, mirando detenidamente a la secretaria que estaba bastante apetecible.

—¿De parte de quién? —insistió un poco molesta.

—De Leonardo Rojas. — dije ante la aletargada mirada de la mujer que esperaba que siguiera hablando, no conforme con escuchar mi simple nombre.

—... del cuarto piso.... —ni un músculo de su cara cambió.

—De contabilidad... —ya que mi presentación no surgía ningún efecto en ella continué —Sabes, me gustaría hablar con el porque....

—Don José Ignacio? Hay un empleado que está aquí para hablar con usted... —me interrumpió con su invariable acento de aburrimiento.

—¿Nombre y de dónde?

—Leonardo Rojas, de contabilidad – dije nuevamente con seguridad.

—Ah…de conta... Don José Ignacio, Leonardo Rojas, de contabilidad —el tono en que dijo la frase hizo que me dieran ganas de renunciar ahí mismo.

—Sí, ok, oye... —me dijo después de terminar de hablar con su jefe.

—Estas de suerte, Don José Ignacio esta desocupado, tienes 5 minutos —exclamó más distendida (quizás al ver que era tan empleado como ella) pero sin dejar de mirar los papeles que ordenaba en su escritorio.

—Gracias— y arreglándome un poco la ropa, caminé hacia la puerta de una madera única con el distintivo que rezaba: José Ignacio Astaburuaga, Gerente General.

—¡Adelante!- escuché al tocar la puerta. A medida que la iba abriendo comencé a ver el paraíso en oficinas: un sofá de cuero negro en un rincón, cuadros de personas y paisajes variados en las paredes, diplomas, una planta, creo que era un gomero, una mesa de centro de vidrio con

revistas de finanzas y al final allá, en un escritorio gigantesco, el doble del mío (así se veía, quizás era por el orden) y en este se podía apreciar a Don José Ignacio Astaburuaga sentado, firmando un par de papales. Y también ahí estaba, lo que yo no tenía, por lo que iba a pelear: una vista a la cuidad. El sol entraba y llenaba todos los lugares, era algo casi olímpico.

—Pasa no más — me habló muy cálidamente.

—Permiso — dije y luego de cerrar la puerta me acerqué al majestuoso escritorio.

—Hola, toma asiento — me estrechó la mano agradablemente.

—Gracias .

—Dime a que se debe tu visita — preguntó reclinándose en su silla.

—Eh bueno, es un problemita puntual Don José Ignacio — exclamé bastante nervioso.

—Problemas, nunca faltan ¿eh?, y si faltan ¡uno los inventa! —respondió entre risas. Cuando lo escuché me sentí de unos dos centímetros ya que el mío podía clasificarse como “problema inventado”.

—Cuéntame entonces tu problema .

—Mire, le quería preguntar específicamente y con todo respeto... —en ese momento supe que era tiempo para ser honesto sin importan las consecuencias de ello. —¿Hasta cuándo va a estar la malla publicitaria colgada del techo?- —sentencié esperando de vuelta o una risa o una cordial despedida.

—¿Qué malla? —preguntó, pensando y frunciendo el ceño

—Ah...la del otro lado (su oficina estaba en la otra cara del edificio) sí, sí ya sé de que hablas, ¿Qué pasa con ella?¿ Algún problema? —agregó naturalmente.

—Honestamente sí — me tomé mi tiempo para que no sonara tan ridículo.

—Me molesta un poco... verá mi escritorio está en frente a aquel lado del edificio y esa malla me tapa toda la visión que tenia de afuera, lo que me hace sentir a veces...

—¿Ahogado? Deprimido? — me interrumpió y al hacerlo sentí que finalmente, alguien me entendía y es el jefe mas encima, el único que

puede hacer algo, el que acabara con mi calvario.

—Sí, algo así señor .

—Me imagino. Mmm la verdad es que no había pensado en ello, con tantas cosas que tengo en la cabeza — tomó una pausa mirando por la ventana y continuó : —Además esa cosa ya no sirve de mucho, ya que el período de matriculas terminó hace rato ¿cierto? —la pequeña esperanza que había en mi, se agigantó.

—Mira, como has sido bastante honesto creo que podremos hacer algo con eso mañana mismo, ya que es un problema innecesario y por lo demás solucionable — concluyó sonriéndome amablemente.

—No sabe como se lo agradezco señor, en serio. No sabría como poder... —aunque en el fondo no creía que fuera para tanto, como que me anduve emocionando.

—Sólo haciendo bien la pega como hasta ahora no más pues ... yo te entiendo más de que te imaginas, al final cada uno se ahoga y se salva como puede — en ese momento pude observar con mas detención a este hombre al que llamaba señor y que era de mi misma edad y estaba tan aburrido como yo a juzgar por la forma en que bajó su mirada luego de decir esa ultima frase y voltear su sillón y continuar observando la vida en el exterior a través del inmenso ventanal de su oficina mientras yo cruzaba feliz el umbral de su puerta.

Eso es, si al final una persona como él y una como yo no somos tan distintas y por mucho que afuera haya desorden, esté sucio y sea peligroso es donde pertenezco también y es la porquería que me corresponde.

Otra mañana, otro despertar. Bañarse, la micro llena, el acostumbrado tráfico de la mañana, pero de alguna manera todo se ve un poco distinto. Fue como despertar para ir a otra pega, una nueva, con cierto nerviosismo pero entusiasmado y ansioso. Al llegar vi por un momento la fachada del edificio y al observar la malla pensé: “¡hasta la vista baby!, ¡hasta aquí no mas llegaste!”. Sabía que en alguna parte del día iban a sacarla.

Justo a eso de las 11:30 pasó lo que esperaba. Saqué la vista de los números y las carpetas y miré hacia el frente y vi como iba subiendo poco a poco la malla y comenzaban a entrar radiantes, alegres rayos de sol a mi escritorio. ¡Qué felicidad! ahí estaba todo otra vez: copas de árboles otoñales, hojas secas cayendo, smog. ¡Hola edificios del frente!, ¡chao malla!. Es la primera vez en mucho tiempo que comienzo mi jordana con

cierta alegría. Miro a la gente que deambula por aquí, parecen conformarse con el cambio. Yo no, yo estoy simplemente feliz. Documentos y carpetas adquieren un nuevo color, debido a los tonos del maravilloso sol. Que agradable. Hasta nunca maldi... no, ¡no! ¿Qué es esto? Sólo van 24 minutos, no puede ser... ¡¿que es esta cosa negra que veo caer otra vez?! ¡¡Negra!!. ¡Hey!... y a nadie parece importarle... ¡¡hey hagan algo!!, Robles despierta ¡ayúdame!. Nadie escucha mis gritos sordos, pero si él me dijo... me dijo que hoy se acaba... maricón, ¡me mintió! ah pero esto no se queda así.

Mientras iba a las oficina del jefe no veía caras, ni escalones, ni paredes. Tengo ira, rabia, y estoy desesperado. Al llegar veo otra vez a la amorosa secretaria:

—¿Dónde está tu jefe? — le pregunto la secretaria convertido en alguien muy distinto a la persona que fui ayer.

—¿Quién lo busca? —parece un robot, pienso.

—¿Dónde está el hueón de tu jefe? —cuando dije eso casi no me reconocí.

—Oiga el señor se fue ayer, tiene licencia por un mes debido a una fuerte depre.... —mientras ella seguía hablando yo no lo podría creer. Estaba frito, se fue, ¿que hago ahora? Me decidí y bajé las escaleras, y al llegar a la calle, vi: "segundo semestre, matriculas abiertas". ¿Qué? ¿Segundo semestre?, pero si falta.... 1 mes, sólo un mes. Claro a los pelotudos se les pasó la otra y la cambian por esta nueva, pero no, esto si que no. Volví a mi escritorio negro, el teléfono suena y veo esa cosa negra en el horizonte burlándose de mí, retándome, haciéndome pensar y lo hago. Es el final de esto, mi última carta, ya que esto no se queda así. Ya tomé mi decisión esto cambiará para siempre.

—¡Hasta mañana Rojasi ¡Buenas noches! ¡Chao Rojitas! ¡Cuídate Leo! Sí, váyanse a dormir en el sillón de su casa mientras ven tele, en especial tu guatón Robles, vayan a continuar siendo felices en sus vidas, yo soy el único que puede hacer esto.

Guardo meticulosamente todos mis papeles, cierro cajones, pongo llaves. Necesito algo con que hacerlo y lo veo, en un cajón, una cortaplumas grande, mas bien un cuchillo, regalo de navidad de la empresa ¿para que me va a servir esta cuestión? Pensé en ese momento, ahora si que me va a servir.

—¿Ya se va —on Leo? – me dice Jarita, el guardia de sus años que tiene la

empresa.

—Sí, ya voy — y tomó mi maletín. —.Hasta mañana Jarita, ¡será un lindo día!-

—Buenas noches Don Leo.

Pienso en que tendré que bajar, aparentar y luego volver a subir y acabar con esto.

Me quedo abajo conversando con Don Manuel el otro veterano guardia, los dos viejitos.¿A quien se le va a ocurrir entrar a robar en un edificio como este, en una oficina tan insignificante? — pienso.

—Sabe don Manuel, voy al baño —le digo como una especie de urgencia.

—Vaya no más Don Leo.

Hago que voy al baño del primer piso, espero que baje Jarita y subo por la escalera oscura, no veo nada, pero no necesito ver, me sé estos escalones y pasillos de memoria y llego a la puerta grande, metálica. No abre, hago fuerza, pero no sirve, le pego una patada, ¡auch!, no pensé que fuese tan doloroso y tan ruidoso, espero que los veteranos no hayan escuchado.

Y ya llegué, nunca había estado antes aquí en realidad. No veo mucho, no hay luz y la noche esta muy oscura. A pesar de eso y algunos tropezones, la veo y procedo. Saco el diminuto cuchillo y comienzo a cortar. Y corto con ira, con rabia, con nerviosismo también, casi emoción, pero me cuesta, creo que me va a tomar mucho tiempo, son cuerdas gruesas y ¡yo con esto!. Pero no importa, tiempo es lo que me sobra. Tengo toda esta noche.

12, 1, 2, 3 de la mañana, no paro, sigo y sigo, sólo me tomo algunos minutos para tomar aire pero cada vez falta menos, pero claro, la infaltable preocupación: veo una luz prendida en uno de los pisos del edificio del frente y algunas siluetas y ya sé lo que va a pasar. Luego de unos minutos, creo, siento ruidos, siento pasos y sé quien viene.

—¿Quién esta ahí?, ¡Hable! —sólo veo siluetas y escucho una voz familiar.

—¡Estoy armado, salga de ahí! —y se acerca cada vez más y logro verlo y él a mí.

— ¿Don leo? ¿Que hace acá? Pensé que se había ido ¿Le pasa algo? — me pregunta Jarita muy sorprendido.

—¡Esto tiene que terminar! —le digo exhausto.

—¿Qué cosa?

—¡Esto! —exclamo con las cuerdas casi rotas entre las manos heridas.

—Don Leo, no lo haga, es peligroso. Ya llamamos a los carabineros así que vienen en camino —me grita.

Siento más pasos acercarse, pero ya terminé, la corté y suelto las amarras y cuando llegan a buscarme cae, cae, se va ante la cara de incredulidad de los guardias y unos carabineros que recién llegaban y la mía de felicidad.

Escucho el sonido de la caída, los bocinazos, un grito, mi risa. Hace tanto que no me reía así. Me siento en el suelo y Don Manuel me pregunta:
—Pero don Leo, ¿qué le pasó? ¿Por que lo hizo?.

—Es lo que me toca — le contesto mientras los carabineros me toman por los brazos.

Tras consumar mi acto, he pasado una larga noche en la comisaría por, según dicen, intento de robo, daño a la propiedad publica y privada, desorden publico y daños a terceros, estos dos últimos por la caída de la malla a la calle y por las lesiones leves que esto le produjo a una desafortunada señora que iba pasando por la calle , la cual recibió un extremo de la malla encima.

Sin dormir y comiendo un algodón de azúcar, de aquellos que venden en los circos, (no me pregunten como encontré a un vendedor) llego a la oficina. Todo el mundo me mira, ¿será mi cara, mi ropa? ¿O ya se enteraron de lo que tuve que hacer ayer?.

Me siento en mi escritorio negro de 40 por 65 y miro y por fin, lo que me merezco. Hoy esta despejado y siento que los rayos del sol me iluminan la cara. No hay hojas en los árboles. Cierro los ojos y respiro sintiéndome como si estuviera en el campo hasta huelo el aroma a los trigales, pero sé que afuera no hay más que smog, centenares de autos y vidas apagadas. Pero nada de eso me preocupa, aunque es obvio, lo que esta a punto de pasar.

—¡Rojas, Rojas! —siento los gritos.

No me importa, ya tengo lo que quería. ¿Por qué no? si este es el pedazo de porquería que me toca.

FIN.